



# CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar  
orientada a los estudios sociales

## Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 1, pp. 616-621 - ISSN 2027-5528

### Reseña

**Valencia, Elizabeth. (2014). *Viaje por la experiencia moderna*.  
Cuernavaca, Morelos.: UAEM. 186 p.**

**Carlos Humberto Contreras Tentzohua**  
Universidad Autónoma del Estado de Morelos  
[orcid.org/0000-0003-0209-8112](https://orcid.org/0000-0003-0209-8112)

**Recibido:** 30 de marzo de 2019

**Aceptado:** 27 de mayo de 2019



Grupo de  
Investigación  
**Historia**  
Archivística y  
Redes de  
Investigación

**Valencia, Elizabeth<sup>1</sup>. (2014). *Viaje por la experiencia moderna*. Cuernavaca, Morelos.: UAEM. 186 p.**

Carlos Humberto Contreras Tenzohua  
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Licenciado en Filosofía del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México. Maestro en Humanidades de la misma institución.

Correo electrónico: [ccontret@gmail.com](mailto:ccontret@gmail.com)

ORCID ID: [orcid.org/0000-0003-0209-8112](https://orcid.org/0000-0003-0209-8112)

La ciudad es parte fundamental de la experiencia moderna. Para el discurso de la modernidad la ciudad es el espacio donde el progreso se manifiesta en toda su potencia, mostrando cómo la técnica y la ilustración están al servicio del “avance” de la humanidad. Es en ese punto, donde *Viaje por la experiencia moderna* de la Dra. Elizabeth Valencia aborda como tema central el discurso de la modernidad analizado como un monólogo autocomplaciente, pues en su afán de presentar que la ciudad y su progreso es sólo luz, oculta la otra cara de la ciudad, su oscuridad y su miseria, que son también consecuencias de la modernidad y el progreso.

---

<sup>1</sup> La Dra. Elizabeth Valencia es doctora en filosofía. Sus principales líneas de investigación son la estética y su relación con la política, así como la Escuela de Frankfurt, donde tiene un gran interés en Walter Benjamin. Actualmente imparte clases de filosofía en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, UAEM, así como en la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, tanto en nivel licenciatura como en posgrado.

La crítica que realiza Elizabeth Valencia es una crítica que va de la estética a la política, donde usa los conceptos de *erlebnis*, que significa pobreza de la experiencia y *erfahrung*, que significa riqueza de la experiencia; ambos conceptos retomados de Walter Benjamin. A partir de dichos conceptos, Elizabeth Valencia critica a la pobreza de la experiencia, pues gracias a ésta la modernidad se vanagloria a sí misma. Valencia considera que sólo con la *erfahrung*, se apreciará a la ciudad sin enajenación de por medio, lo cual contribuirá a la riqueza de la experiencia.

El libro se divide en dos capítulos, el primero se titula *Para una teoría de la experiencia*, el segundo *Ejercicios de memoria*. A su vez, el primer capítulo tiene dos apartados, el primero analiza la *erlebnis*, mientras que el segundo analiza la *erfahrung*. En cambio, en el segundo capítulo nos encontramos con tres apartados: el primer apartado analiza lo que fue la ciudad para Hausmann, el segundo lo que fue la ciudad para Le Corbusier, y el tercero lo que fue la ciudad para Baudelaire.

Para mostrarnos los claroscuros de la ciudad, Elizabeth Valencia hace uso de la obra de Walter Benjamin, sobre todo de su *Libro de los pasajes*, en donde Benjamin se centró en diversos personajes y situaciones que son parte de la ciudad, pero que la ciudad tapa para ocultar su miseria inherente. Así se centró en el pordiosero, en la prostituta, pero también en la casa del individuo que se aísla de la sociedad. Todos ellos son parte de la experiencia moderna, todos ellos son la prueba que la modernidad no ha cumplido con todas sus promesas, y que es un discurso sin sustento material de sus bondades desde el momento en que hace todo lo posible por ocultar a estos personajes y situaciones.

Para Elizabeth Valencia, la práctica de ocultar a estos personajes y situaciones es la prueba que la modernidad es una experiencia pobre, *erlebnis*, pues resulta ser una experiencia incompleta, propia de una conciencia alienada y encerrada en sí misma. La modernidad hizo un gran hincapié en el individuo y sus capacidades políticas e intelectuales, pero al hacerlo lo convirtió en un ser aislado, solitario e individualista, que hace uso de la modernidad, pero no para vivir en sociedad o para tratar de hacer comunidad, sino para aislarse y perderse de lo social. Así sucede que se refugia en su casa

para no formar un colectivo, o también sucede que se pierde en el consumismo, para que así los del poder no teman una insurrección social, la cual mostraría precisamente que el discurso sobre el progreso va en contravía de la realidad, es decir, no se sostiene en las condiciones materiales de la ciudad.

El discurso de la modernidad quiere evitar los conflictos, se propone mostrar a la ciudad como un lugar donde el progreso es para todos, para así ocultar los problemas que la atraviesan. Entonces, a medida que el progreso avanza, la barbarie va aumentando y personajes como la prostituta, el vagabundo, así como el individuo alienado que, en lugar de desaparecer, su presencia experimenta un aumento. Por medio de las mercancías, de los almacenes, de las grandes tiendas, rascacielos y otros edificios, pero también de las avenidas y de las plazas, los defensores de la modernidad buscan defender el progreso, diciendo que por medio de estos la sociedad va avanzando. Argumentan que, paulatinamente, el progreso irá llegando a todos, pero en la realidad sucede lo contrario. La ciudad se va volviendo un lugar infernal, donde cada individuo se va volviendo una mónada aislada del resto. Con ello, el individuo se va empobreciendo en su experiencia, pues la gran mayoría de los individuos se vuelven mónadas, se vuelven iguales, y con ello ya no hay de quien diferenciarse. Cada individuo es igual al otro en sus deseos, en sus aspiraciones, pero sobre todo en su pobreza de la experiencia, y así el triunfo del progreso se mantiene.

Al mostrarnos a la prostituta, al mendigo, así como al individuo alienado, Walter Benjamin nos muestra el lado negado del progreso, y es ahí cuando Elizabeth Valencia piensa que el deber del crítico del progreso es mostrar las fallas del mismo, señalar sus claroscuros, pero no para caer en el nihilismo como ciertos lectores de Benjamin, sino para mostrar que la modernidad todavía puede mejorar. Para Valencia no se trata de quedarse: “[...] únicamente con el extremo dialéctico de la pobreza, *erlebnis*, correríamos el riesgo de generar un discurso nihilista o fatalista que arruinaría o paralizaría la acción” (Valencia, 2014, p. 89). A cambio, se trata de gestar: “[...] una prosa capaz de echarle a perder la fiesta a la ideología del progreso” (Valencia, p. 89). Para Elizabeth Valencia, es indispensable mostrarle sus fallas a la modernidad, para así sacarla de su monólogo

autocomplaciente, y señalarle que le falta cumplir demasiado como para que se autoelogie como lo hace, y en eso consiste la práctica de la *erfahrung*, de la riqueza de la experiencia donde, al observar a la miseria de la modernidad, se experimenta a partir de la riqueza y ya no de la pobreza como pretenden quienes quieren ocultar las miserias modernas.

La experiencia de la ciudad no nos muestra el encuentro entre individuos racionales, más bien nos lleva al desencuentro y la muerte de la convivencia. Los políticos buscan hacer que la ciudad contribuya a mantener a los individuos separados, y mediante la modernización de la ciudad es como lo consiguen. Elizabeth Valencia nos da como ejemplo la modernización que el Barón Haussmann hizo sobre París. Las avenidas aumentaron en tamaño y longitud, así como las plazas y los parques, con sus fuentes, con sus árboles, así como con sus esculturas. Mientras el Barón Haussmann hacía eso con la ciudad, los burgueses también mejoraban sus viviendas, las iluminaban, les fabricaban amplios espacios, con su jardín, así como con su aire puro. Iban a los espectáculos en carrozas, y en los teatros había palcos hechos para mantenerse a una distancia segura de la plebe. Para Elizabeth Valencia, Hausmann estableció la pauta a seguir en los procesos de modernización sus ciudades y, al mismo tiempo, segregar a los pobres.

Las imágenes de la modernización de la ciudad fueron elaboradas a partir de las imágenes que los poderosos mostraban para justificar sus acciones, así como para defender el progreso. Pero era sólo su progreso, y no era un progreso compartido. Los miserables a menudo vivían en condiciones contrarias, en espacios cerrados, sin ventilación, oscuros, y donde las enfermedades abundaban. Las grandes avenidas de Haussmann se construyeron en donde antes había casas, y donde solían vivir personas humildes, quienes, en varias ocasiones, no dudaron en rebelarse contra el gobierno y los poderosos, provocando grandes tumultos y arrasando con todo el progreso de los burgueses. Frente a la resistencia a los proyectos de modernización urbana y, en aras de evitar rebeliones de ese tipo, Haussmann destruyó las casas de los pobres, sobre las cuales hizo las grandes avenidas con sus comisarías, ello con la finalidad de sofocar todo nuevo intento de rebelión. O al menos ésa era la pretensión.

El progreso de la ciudad fue desigual, fue autoritario y, sobre todo, favoreció a los burgueses. Por eso no fue raro que fuera posible una gran rebelión como lo fue La Comuna de París, en donde los obreros se levantaron en armas, y por unos meses se gobernaron a sí mismos. Esos obreros habían sido expulsados a la periferia por Haussmann, pero ahora usaban las modernizaciones del mismo Haussmann para resistir y pelear contra la burguesía. La modernidad y el progreso les habían negado los beneficios de la ciudad, por lo que, al establecer la Comuna, recuperaron lo que la modernidad les había negado. Sin embargo, la burguesía no se iba a quedar de brazos cruzados, y para restablecer el orden, y que cada quien ocupase el lugar que les “corresponde” en la sociedad, reprimió con toda la violencia disponible a la Comuna y a los rebeldes. Bombardearon y arrasaron con todos en París, y así las cosas volvieron a la normalidad, que decía que sólo a los burgueses les correspondía disfrutar de los beneficios de la modernidad, y a nadie más. Los rebeldes a su manera habían hecho que lo social estuviera por encima de lo individual y su aislamiento, con su rebelión pusieron en entredicho los deseos de mantener separados y enajenados a los individuos, y eso iba contra los planes de la burguesía. Por eso es que la reacción contra ellos fue tan violenta, pues para el proyecto de la modernidad cada individuo debe mantenerse aislado y condenado dentro de una realidad: “[...] vacía de experiencia y llena de fruslerías [...]” (Valencia, p.43).

Posteriormente Valencia sigue reflexionando sobre la ciudad y su progreso, sobre todo en su aspecto arquitectónico, y cómo ésta buscaba diseñar la ciudad de tal manera que se eviten los conflictos. Le Corbusier fue el nuevo diseñador que pensó en diseñar a la ciudad de tal forma, para evitar los conflictos, y, sobre todo, para enviar a la periferia a las clases peligrosas. Además, a la modernidad le llegó otra de sus principales características: el automóvil. Con el automóvil, se podía viajar por la ciudad, pero no para comunicarse o establecer algún contacto comunitario, sino para alejarse de las masas, para ocupar espacios y quitárselos al resto de las personas. El coche cumplía un papel similar al de la casa, el individuo podía aislarse ahí, y resguardarse de lo social, y con ello podía autocomplacerse en su enajenación. Así quedaba demostrado que la modernidad y la ciudad tienen como función aumentar la barbarie, y lo hacen volviendo a los individuos mónadas sin relación alguna con otras mónadas.

Dicho panorama es de pura desolación, dominación y enajenación sin límites, pero, no obstante, Elizabeth Valencia nos recuerda que no hay que caer en el nihilismo, puesto que aún en esas circunstancias, es posible hacer la crítica contra el progreso y la modernidad, pero sin caer en el puro oscurantismo. Ahí es cuando Valencia hace uso de los análisis que sobre Charles Baudelaire hizo Walter Benjamin. Quienes conocen la poesía de Baudelaire, saben que él también se fijó en el vagabundo, en la prostituta, en los ciegos, en los ancianos, pero, además, comparó la belleza clásica de los griegos con la fealdad y las arrugas de las personas de su época. También observó cómo todos ellos eran producto de la modernidad, y que la modernidad estaba deviniendo un infierno sobre la tierra, donde las personas en su enajenación invocaban al diablo para ponerle un alto a su miseria.

Por medio de su poesía Baudelaire nos presentó las imágenes de la ciudad moderna que el progreso ocultaba, sobre todo imágenes de esos personajes que no contaban nada para la modernidad. Con su poesía, Baudelaire confrontó a la modernidad, la hizo voltear a ver a esos personajes, y así logró sacarla de su zona de confort. De acuerdo a Elizabeth Valencia: “[...] Baudelaire mostraría que lo crucial de la vida moderna, su heroísmo, surge en las situaciones conflictivas de la vida cotidiana. Allí hallaremos las tensiones entre pobreza y riqueza de experiencia en la ciudad moderna.” (p.151) De manera que la única forma de aceptar a la modernidad, no era rechazando a tales personajes, sino entendiéndolos por medio de la poesía, pues sólo así la experiencia de la modernidad sería completa, y no sería un mero discurso que se vanagloria de sí mismo. La lección es que un viaje por la modernidad sólo será verdadero si se acepta a tales personajes miserables como parte intrínseca de la modernidad, y no como entes a ser ignorados o rechazados.

La verdad sólo es completa cuando contiene todos los claroscuros, y no cuando pretende ser pura claridad. Así pues, el viaje que propone Elizabeth Valencia es un viaje a través de todas las miserias de la modernidad, pero no para rechazar a la modernidad, sino para comprenderla, y para poder hablar de una riqueza de la experiencia y no de una pobreza de la experiencia.